

Homenaje a Ameghino

MARIO E. TERUGGI *

EN NOMBRE del Museo de La Plata, y más reconocidamente todavía, en nombre de las disciplinas geológicas y paleontológicas, debo expresar nuestro reconocimiento al Instituto Popular Ameghiniano por la donación de la magnífica placa en homenaje a Ameghino que hoy se acaba de descubrir. Dicho gesto nos deja a nosotros, el personal del Museo, un regusto agradable por su simpatía espontánea y porque son gentes de afuera, de la calle y de todos los ámbitos de la vida argentina, las que ofrecen ese bronce emotivo. Nosotros, un poco aislados en nuestro Museo, experimentamos el regocijo tímido de ver que la ciudad entra así, como recordadora justiciera, en esta casa de estudio que debió haber sido el hogar científico de Ameghino y que, por causas diversas, no logró serlo. Como todos saben, Florentino Ameghino fué durante breve período vicedirector del recién fundado Museo de La Plata. Hace pocos días, el doctor Alfredo D. Calcagno me hizo ver las primeras actas del Consejo Superior de nuestra Universidad, en las que se registra la presencia de Ameghino en las sesiones iniciales; después desaparece de ellas...

Aun aquí, en este ambiente académico, es muy difícil hablar de Ameghino.

Se ha convertido en una figura popular, en una especie de prohombre patrio, distinto sin embargo de aquellos que pueblan nuestra historia por sus méritos políticos o militares. Y cuando se habla públicamente de próceres —de cualquier índole que sean— es costumbre y tradición ensalzarlos, porque el espíritu humano necesita de la admiración por los hombres más destacados, que se convierten en dechados de perfección, en paradigmas de las más excelsas cualidades. Se forma en torno a ellos un mito, una leyenda, que se hace más importante que la verdad.

Remedando a Shakespeare, puedo decir que estoy aquí para ensalzar a Ameghino, pero al mismo tiempo, dentro de mi admiración, a tratar de justipreciarlo. Debo hacerlo así, por deber hacia ustedes, amigos de la verdad, y hacia mi profesión, que exige dar más valor a los hechos que a las opiniones. Trataré, por lo tanto, de presentar a Ameghino tal como lo vemos nosotros, sus colegas y epígonos en el campo de las ciencias naturales.

(*) Profesor de Petrografía de la Facultad de Ciencias Naturales y jefe del departamento de Geología y Paleontología del Museo de La Plata. El presente discurso fué pronunciado en el acto de homenaje al ilustre sabio paleontólogo con motivo del 46º aniversario de su muerte, acerca del que pueden verse mayores detalles en otro lugar de esta misma sección.

HOMENAJE A AMEGHINO

Esta apreciación, por fuerza, no podrá sin embargo librarse de la otra, aquella que ha hecho de Ameghino un prohombre.

Ameghino legó a la humanidad poco más de 200 obras y trabajos científicos. Es este un número muy considerable, pero el mero volumen de la producción de un autor no es suficiente para cimentar su fama. ¿Qué méritos contienen esas dos centenas de publicaciones? Para los fines de la claridad, debemos separar y clasificar aquí la obra de este sabio. En el primer período de su vida, Ameghino dedicó sus esfuerzos principalmente al estudio de los terrenos pampeanos. ¿Qué fines perseguía con estas investigaciones? Muy sencillo: trataba de establecer la antigüedad del hombre americano, cuyos restos se hallaban incluidos en esos depósitos. Ameghino se inicia entonces como antropólogo, y estudia la geología con el fin de ahondar en los conocimientos relacionados con el hombre primitivo. Quizás él mismo se hubiera definido como antropólogo, allá por los primeros años de la década de 1880. Este interés lo mantuvo siempre, y en la última fase de su vida volvió a resurgir, con más fuerza, y lo llevó a formular teorías sobre la evolución del hombre en Sud América. Yo no soy antropólogo, y por lo tanto no puedo opinar con gran autoridad sobre estas cuestiones, pero sí puedo decir que las pruebas que él llegó a reunir para demostrar la existencia del hombre en tiempos precuaternarios descansan sobre bases deleznales y que sus originales teorías sobre la evolución humana no son actualmente aceptables. Pero este entusiasmo antropológico sirvió para que lateralmente, se ocupara de la disposi-

ción de las capas o estratos del territorio bonaerense y comenzara a trabajar con sus restos fósiles. De este modo, secundariamente a sus intereses principales —como sucede tan a menudo—, nació la ordenación de los terrenos cuaternarios argentinos, una de sus contribuciones más importantes en el campo geológico. El joven autodidacto, solo y desvinculado, logra descifrar la superposición del Cuaternario argentino. Esta contribución, que por sí sola le hubiera asegurado la fama en el mundillo geológico, mantiene su valor hasta la actualidad.

Fué entonces que Ameghino realizó su viaje a Europa. A su retorno, era otro hombre: la antropología pasa a segundo plano y aparece en él el paleontólogo que apenas había despuntado en sus años mozos. En este cambio deben de haber influido, sin duda, el examen de los mamíferos fósiles sudamericanos depositados en los museos de Inglaterra y Francia, el perfeccionamiento de sus métodos e ideas, y su colaboración con el sabio francés Henri Gervais. De cualquier modo que sea, el regreso lo puso frente a un nuevo mundo científico.

Quizá la persona que más influyó en este cambio de rumbo haya sido su hermano Carlos, quien, mientras Florentino estaba en Europa, prosiguió con sus tareas de recolección de fósiles, hallando muchas formas nuevas. Sobre esta base, Florentino resolvió reunir todos los datos referentes a mamíferos fósiles de la Argentina en una sola obra. Esta quedó concretada en 1889 con su *CONTRIBUCIÓN AL CONOCIMIENTO DE LOS MAMÍFEROS FÓSILES DE LA REPÚBLICA ARGENTINA*; es un tomo monumental, de más de mil páginas, magníficamente ilustrado con un cen-

HOMENAJE A AMEGHINO

tenar de láminas. Para muchos científicos, es la obra más importante que ha producido, en la que se estudian las faunas del Cuaternario y Terciario superior, y que sin embargo el mismo Ameghino superó posteriormente.

Su fama estaba ya cimentada y, de haber fallecido entonces —y no a los 56 años— algún contemporáneo habría podido predecir que poco le hubiera sido posible agregar a lo que ya tenía hecho. Pero ese contemporáneo, como sucede casi siempre, se hubiese equivocado, porque no podría haber previsto lo que sucedería después gracias a la labor infatigable de ese colector que fué Carlos Ameghino. Fué para esta época, en que Ameghino era Vice-director del Museo, y antes que sus diferencias con Moreno lo llevaran a abandonarlo para siempre, que logró allegar los fondos para la primera expedición patagónica que conduciría su hermano Carlos. Esta primera expedición hizo entrever a los Ameghino la enorme riqueza en fósiles que encerraba esa región entonces desconocida. Hombres de empresa que no se arredaban ante ningún obstáculo, resolvieron explorar ellos mismos ese vasto territorio, frente a dificultades económicas, inconvenientes materiales y penurias físicas...

Quince años de trabajo interminable les llevó realizar esta tarea ciclópea.

Es quizá el ejemplo más extraordinario de cooperación fraternal en el mundo científico. Carlos, coleccionista insuperable, en sus sucesivas expediciones descubrió nuevas faunas de mamíferos terciarios medios, y luego de la base de este período. Y casi todos estos fósiles eran desconocidos para la ciencia... Florentino debió haber trabajado horas larguísimas para poder describir el torrente de material que

afluía desde la Patagonia, gracias al esfuerzo mágico de Carlos. Nuevas especies, nuevos géneros, nuevas familias, nuevos órdenes de mamíferos... El mundo científico extra-argentino —ya que no existía el local— quedó estupefacto y, ante semejante aluvión de publicaciones, llegó a dudar de la veracidad de las mismas. Los escritos fluían de la pluma de Florentino con rapidez increíble, única manera de mantener el paso acelerado que le imprimían los constantes envíos de Carlos. Por esta obra, Ameghino es probablemente el paleontólogo de vertebrados que más géneros y especies ha descrito.

Centenares de formas nuevas fueron dadas a conocer al mundo. Podríamos preguntar aquí qué valor actual poseen esas descripciones. Para responder a esto, no debe olvidarse que Ameghino actuó sin apoyo oficial, en condiciones de gran estrechez económica que le impedían hasta contar con los servicios de un ilustrador. Además, como ya dijimos, tenía que trabajar a toda prisa para no quedar soterrado bajo el caudaloso material que le llegaba de Patagonia. Por lo tanto, desde el punto de vista moderno, sus descripciones son muy sumarias y deficientes, pero es evidente que no podía ser de otro modo. Pese a ello, su contribución a la paleontología universal fué extraordinaria. Florentino y Carlos, dos autodidactos, solos, realizaron una labor que en Europa o Norte América hubiera requerido el trabajo de muchos investigadores. Y como especie de coronación, allí está su famosa *LES FORMATIONS SEDIMENTAIRES DE LA PATAGONIE*, en la que resumió las observaciones geológicas de Carlos y sus opiniones sobre la edad de los mamíferos

HOMENAJE A AMEGHINO

y las relaciones existentes entre ellos.

Con todo, esta obra cumbre contiene errores. Ameghino creía que los terrenos fosilíferos eran más antiguos de lo que son en realidad, y por ello resultaba que en la Argentina había mamíferos especializados mucho antes que en el resto del mundo, y nuestro país se convertía en la cuna de casi todos los grupos de mamíferos terrestres. Hoy sabemos que estaba equivocado, pero ello no quita méritos al gigantismo de su contribución geológico-paleontológica. Por eso pudo silenciar a muchos de sus críticos extranjeros, que trataron vanamente de demostrar la falacia de sus observaciones.

Si dejamos de considerar —por ser las menos fundadas— sus teorías antropológicas, encontramos entonces que Ameghino realizó una labor valiosísima en geología y una única por su calidad y abundancia en paleontología. Pero la celebridad en uno, o dos, campos de las ciencias naturales no es bastante para que trascienda al gran público. Y sin embargo, Ameghino, un científico de temas abstrusos, llegó a convertirse en ídolo popular, conocido hasta por los niños desde sus años de escuela primaria. Es evidente que en este hombre hay algo más que la mera valía científica y su fama, algo personal, que ya me resulta más difícil de captar porque corresponde al psicólogo, y quizá al sociólogo, antes que al naturalista. No obstante, trataré de dar mi opinión sobre este tema.

Yo creo que uno de los factores que han contribuido a hacer un ídolo de Ameghino es nuestro orgullo, nuestro orgullo natural y loable de argentinos. Fué el primer sabio —en el sentido finisecular de la palabra— que produjo esta tierra joven, sabio que pudo y

supo igualar a los extranjeros, que eran en ese entonces los amos de la ciencia. Pero además de este hecho, aunque colaborando con él, está el de que Ameghino fué un sabio humilde, de pueblo, creado y formado por su propio esfuerzo. Que un hombre de cultura universitaria, preparado para ello, se haga sabio, es cosa notable, pero no conmueve la entraña popular. En cambio, que un hombre sencillo, un modesto maestro de escuela, sin cultura oficial diplomada, alcance la fama científica, es cuestión completamente distinta, que nos regocija y reconforta a todos, en lo que tenemos de pueblo indiferenciado.

Pero estas dos causales, por importantes que sean, están fuera de Ameghino, no son parte de él. Hay algo más en este hombre, que clava nuestra atención y provoca la admiración: su naturaleza de luchador infatigable. Aislado, sin el contacto benéfico con otros hombres de ciencia, como el que gozamos actualmente, fué acosado por críticas enconadas desde el interior y el exterior del país. Grandes figuras oficiales fueron antagonistas suyos que lo combatieron sin piedad; en el exterior, los comentarios le fueron casi siempre adversos, en parte por no discriminar entre lo cierto y lo erróneo de sus publicaciones. Y este pobre hombre pobre, pese a todo, siguió con su tarea, incansable pero suficiente. Para colmar la medida, algunos de sus trabajos rozaron temas que, considerados dogmáticos, le concitaron la enemistad de vastos sectores del público. Ameghino se hizo entonces más cerrado y, como dice Simpson, gran paleontólogo y uno de sus comentaristas más imparciales, “se afirmó en sus propias convicciones, cosa que no es posible reprocharle”.

HOMENAJE A AMEGHINO

Pero en medio de la indiferencia y la hostilidad, bajo el influjo de su personalidad incansable y gigantesca, aparecieron también los primeros defensores y admiradores, que nunca faltan a los hombres que, como dice Goethe, son lo suficientemente valientes para levantar la cabeza por encima del campanario. De este modo, nacieron los ameghinistas, custodios celosos de la gloria del científico que, según creían, había demostrado que la patria del hombre y de los mamíferos era la Argentina, y que había defendido exitosamente sus teorías contra los sabios más destacados del mundo. Pero los ameghinistas primeros, en su mayoría, no eran antropólogos, ni geólogos, ni paleontólogos, ni siquiera científicos en otras ramas del saber; eran gentes comunes, de diversas profesiones y oficios, pero incapaces de juzgar la obra del sabio ni analizar las pruebas de sus teorías. No obstante esto, aceptaron las ideas de Ameghino no como él las propuso, como teorías que debían ser verificadas por los hechos, sino como una especie de filosofía, o aún de dogma. Cuando la admiración popular coloca a un héroe en un pedestal, no consiente que se lo perturbe de ningún modo...

Así, durante una generación después de su muerte, la figura y la obra de Ameghino se contemplaron bajo la luz de la lucha entre ameghinistas y antiameghinistas. No se puede concebir una atmósfera menos propicia para la discusión y para el progreso de la ciencia. El ambiente oficial siguió hostil: la colección de fósiles de este sabio, que el gobierno decidió adquirir, estuvo encajonada veinte años antes de que la compra se hiciese efectiva. La paleontología de mamíferos, la ciencia

en que más descolló Ameghino, no pudo contar con continuadores, salvo los investigadores extranjeros que pudieron ver y juzgar la contribución ameghiniana con imparcialidad.

Y aquí estamos en el presente. La lucha entre ameghinistas y antiameghinistas ha perdido mucho de su virulencia, pero todavía hay ramalazos de pasión. Yo he hablado aquí, muy brevemente, de sus méritos científicos, que para su época no tienen parangón. También he mencionado que Ameghino formuló teorías erróneas y que hay fallas en su obra. Esto es natural, pues sólo un idólatra cree que hay hombres que no cometen errores...

Nosotros vemos en Ameghino al iniciador de los estudios geológicos y paleontológicos argentinos, iniciador que todavía no ha sido superado en muchas de sus fases. Además, lo vemos como un gran trabajador y un hombre de genio, de visión insospechadamente certera en muchos problemas. Pero, fuera del campo científico, lo vemos como hombre de inmenso coraje, que defendió sus ideales hasta la muerte. De este modo, el Ameghino científico se nos junta con el Ameghino símbolo, y entonces no podemos diferenciarlos y fundimos a los dos en uno. En este sentido, como partes del pueblo argentino, y no sólo como miembros de la minoría científica, deseamos que los ejemplos ameghinianos se multipliquen. Porque Ameghino podría haber sido —aunque difícilmente para su época— mejor científico de lo que fué, pero sin esa otra cualidad, la de hombre cabal, no estaría ahora rodeado de nuestra admiración, y este acto tendría entonces la frialdad certera e imparcial del academismo pero estaría desprovisto de todo calor emotivo.